

Lehendakari jauna, agintariak, kideak eta lagunak,

Es una alegría añadida recibir este premio en el Museo de Arte Contemporáneo del País Vasco ahora que empieza una nueva etapa dirigido por Beatriz Herráez, con quien, como sabéis, tuve el enorme placer de construir el proyecto que se desarrolló en Montehermoso. Quiero agradecer especialmente a Maite Martínez de Arenaza que propusiera mi candidatura y agradezco al jurado, formado por cinco profesionales del arte que tengo en alta estima, que me haya premiado.

Lo cierto es que nunca pensé que me darían un premio por aunar mi compromiso con el feminismo, es decir, con la justicia, a una profesión. Porque yo, al igual que mis colegas, también estoy en el arte por vocación política, aunque esto es algo que apenas se suele reconocer. Hace ya 20 años, al abrir las puertas de la exposición *Trans Sexual Express* en Bilbao Arte conseguimos presentar ante la sociedad vasca un reflejo de sí misma que los espejos institucionales no habían ofrecido hasta ese momento. Atenta a diferentes miradas sobre el sexo, el género y la sexualidad, *Trans Sexual Express*, no revelaba lo excepcional. Con más detalle, plasmaba lo cotidiano. Desde aquella primera exposición, mi trabajo ha retenido el sexo como criterio curatorial y ha profundizado en una cuestión clave: vemos como pensamos. A pensar se aprende y a ver también, y en mi caso, yo he aprendido a hacer ambas cosas a través del feminismo, de quienes me han precedido y se han tomado la molestia de enseñarme. Mary Ecenarro, mi madre, me transmitió, entre otras muchas cosas, la idea radical de la igualdad: todos los seres humanos somos iguales y tenemos los mismos derechos y las mismas obligaciones. Me enseñó que ambas cosas van juntas, lo que sigo teniendo muy presente, aunque de la última ya nadie parece acordarse. Mi madre también me enseñó, con su ejemplo, que en la vida hay que luchar por nuestros ideales y que la justicia, a menudo, hay que conquistarla. Mi profesora y amiga, la

antropóloga feminista vasca Lourdes Méndez me transmitió buena parte de la historia, y muchas de las claves, de la teoría feminista. De ella aprendí que el feminismo no solo debe ser sentimental, que sobre todo, el feminismo debe ser racional. “Pensar debemos”, su frase favorita de las *Tres Guineas* de Virginia Woolf, me acompaña desde entonces. También, me enseñó que el pensamiento feminista ha sido vindicativo desde sus orígenes ilustrados y que con Simone de Beauvoir deviene conocimiento, al explicar por qué las mujeres son consideradas y tratadas como el segundo sexo. Tras de Beauvoir, e insistiendo en que el sexo es una categoría analítica, las científicas sociales feministas de la Tercera Ola produjeron un enorme monto de conocimiento que no ha cesado de incrementarse y sin embargo, el conocimiento feminista sigue secuestrado. Esa tercera ola, que se remonta a los 60 y los 70 del siglo pasado, abrió una brecha en el arte. En ella se produjo a ambos lados del Atlántico un corpus de prácticas y teorías artísticas feministas que no llegaron hasta mi generación a través de los circuitos oficiales del arte. Lo conocimos por la puerta trasera. Quizás por ese motivo, en mi trabajo nunca he olvidado que corresponde a mi generación la responsabilidad de incluir el “arte feminista” en las instituciones y en la historia del arte que se enseña en las aulas. Es más, debemos hacerlo, no como apéndices o anexos, sino integrándolo en el tronco central de las instituciones y las disciplinas. Y debemos darnos prisa, porque en los últimos años puede constatararse que las nuevas generaciones desconocen la historia del feminismo y sus efectos, tanto dentro, como fuera del campo del arte. Este es un escollo a la hora de avanzar en las luchas feministas que cada nueva década parece condenarnos a tener que empezar de cero. Así mismo, quiero recalcar el peso específico del conocimiento feminista en el arte en esta tarea urgente de compilación y transmisión. Si el plano simbólico y el real son dos caras de una misma moneda, las violencias contra las mujeres,

tanto simbólicas como físicas, guardan una estrecha relación que no podemos obviar. Por lo tanto, debemos trabajar en los dos ámbitos conjuntamente.

Soy consciente de que este premio que recibo hoy no hubiera sido posible sin los dos últimos ochos de marzo y celebro que todos los indicadores muestren que la sociedad vasca cree mayoritariamente en la igualdad entre los sexos. Estamos en un buen momento y en un buen lugar para avanzar, pero, para hacer cambios de calado, necesitamos tres activos operando en sincronía: voluntad política, conocimiento y presupuesto. Y quiero resaltar que este último, el presupuesto, es la herramienta por excelencia para alcanzar objetivos políticos. Espero que este premio sirva, no solo para reconocer mi trabajo, sino también para avanzar en las demandas feministas. Concretamente en la que me ha ocupado estos 20 años: que los museos y el conjunto de las instituciones culturales dejen de ser, y recurro una vez más a Virginia Woolf, espejos distorsionadores que proponen a la sociedad una imagen de los hombres que duplica su tamaño. Es hora de hacer justicia abriendo de una vez los museos y el resto de espacios e instituciones a las mujeres. Para contribuir a este objetivo, quiero despedirme compartiendo otra lección que he aprendido en estos 20 años de profesión. Cuando diriges una institución de arte, o tienes la responsabilidad pertinente, solo depende de ti cuántas artistas forman parte de su programa y de sus colecciones. Además, para producir, compilar y difundir conocimiento sí hace falta un presupuesto añadido, pero para tomar decisiones justas no, solo hay que redistribuir con justicia el que se tiene.

Eskerrik asko.